

HOJAS DE PAPALGUINDA

Por Antonio PEREIRA

LAS maneras de vivir el hombre, aunque en apariencia se nos presenten como seguros pasos hacia adelante, tienen mucho que ver con la pescadilla que se muerde la cola. O con la ley del péndulo. No sería raro que la gente volviera a entrar por el aro, un aro amplio, cómodo, de los hoteles a base de pensión completa. Así el péndulo habría consumado su regreso al punto de partida; o sea, a la situación de hace unas décadas, cuando sólo en las grandes, capitales, y no mucho, encontraba el viajero ese servicio defectuoso (en el sentido de falta de algo), decapitado, que consiste en ofrecer al cliente una cama pero no una mesa.

Lo normal, por entonces, era el establecimiento que acogía al huésped como si dijera "a todo riesgo" -incluída una gripe larga-, y lo cobijaba y mantenía. Pero después, con eso que llamamos el nivel de vida, aumentó el censo de restaurantes de todas las vitolas. Y sobre todo, proliferó la cafetería: menos mal, una palabra nuestra que se ensarta en el idioma más imperialista del mundo. Da gusto oírla "ca-fe-te-rí-a", en Londres como en Nueva York. El público demostró su preferencia por una novedad tan seductora en su rapidez de servicio, pero que, además, se orientaba hacia una dietética más acorde con los tiempos. La propia terminología oficial iba a acusar el fenómeno. En las tablas de los organismos turísticos no se da la cara tan abiertamente como antes en lo de pensión completa, concepto que ha de obtenerse sumando al precio de la habitación el de lo que ahora llaman pensión alimenticia, con algunas proclividades al nada bonito galicismo de "comidas en bloque". A propósito de nomenclatura legal, uno estima sobre todo la "fonda". A uno su casi desaparición le duele estéticamente, como si fuera desacato a la generación del 98.

-* -

SOSPECHO que ahora mismo un ambiente de hotel clásico les pueda oler a muchos a literatura, y no a vida. Acabo de comprobar que no es para tanto. Y sin salir

de nuestra provincia. Pero no me pregunten más de lo que yo quiero decir. Quizá se echara de menos alguna superficie lisa, un lugar donde sentirse a salvo de los retorcidos abrazos del rococó; pero las alfombras eran espesas y cómplices para el silencio, los espacios amplios, el servicio atento. No es que fuera una exigencia drástica de la Casa, pero comprendí que allí lo propio era atenerse a la vieja norma de la hospitalidad entera. Y puntualmente acudí al comedor. Fue el reencuentro con el viajero, incluso con el viajante que fui algún día. Los comensales se dirigían sin titubear a sus sitios consabidos, había saludos de mesa a mesa, se hacían comentarios con las camareras. En un ancho aparador se alineaban algunos frascos de medicinas que discretamente eran aportados a sus usuarios, junto con las botellas numeradas del vino que en las comidas anteriores no se hubiera acabado de consumir. Y con cada servicio, ese discutido pero impagable auxilio de los palillos de dientes que un viajero internacional encuentra en España, echa de menos en Francia -salvo en las farmacias- y vuelve a encontrar al meterse en Italia por Ventimiglia. Yo iba solo, no tenía quien me riñera. Me aproveché.

-*-

LA comida, en resumen, increíble. Y por si fuera poco el vecino salón, esperando para adormilarse prudentemente en la penumbra. ¡Y que no se me llame decadente! Porque más que estampa rancia de un tiempo pasado, esta debiera ser la forma de hospitalidad idónea para el tiempo moderno. Justo cuando la vida tiende a ponerse tan complicada y nerviosa que sólo podrá hacerle frente los tranquilos.

Lástima que al final una pequeña laguna se quedara conspirando contra mis augurios. Reconozco que es vano labrar sin contar con quienes nos siguen. La media de edad de mis convecinos ocasionales rebajaba duramente mis esperanzas...

Y luego, las mujeres. No había ni una de esas ninfas delgadísimas que llevarse a los ojos. Pero no me doy por vencido. Bastará con que los hoteles de pensión completa pongan los zumos de tomate en el lugar de los potajes; más ensaladas que guisados; mejor naranjas que tartas de hojaldre. Lo que hace falta, en fin, para llevar por el mundo una de esas siluetas -femeninas naturalmente- de portada dominical de PROA. (Si las fábricas mandan papel. Pero querido director, el poco que manden, mejor emplearlo bien).